

## EL ARMIÑO—FETORIUS ERMINEA

**CARACTÉRES.**—El ser más afine de la comadreja es el armiño (*Fetorius erminea*; *Viverra*, *Mustela* y *Putorius erminea*; *Mustela candida*, etc.), animal que en cuanto á forma y modo de vivir se asemeja extraordinariamente á la comadreja comun, pero que es mucho mas grande. Su longitud total es de 0<sup>m</sup>,32 á 0<sup>m</sup>,33, de los cuales corresponden de 0<sup>m</sup>,05 á 0<sup>m</sup>,06 á la cola, pero se dice que adquiere mayores dimensiones en el norte. La parte superior del cuerpo y la mitad de la cola desde su nacimiento son de color rojo pardusco en verano y blanco en invierno; pero la parte inferior es todo el año blanca, con un ligero matiz amarillento; la segunda mitad de la cola es igualmente negra siempre.

El cambio de color del pelaje en este animal, segun la estacion, ha dado motivo á divergencias de opinion entre los naturalistas. Algunos, observadores excelentes, admiten dos



Fig. 280.—LA COMADREJA COMUN

mudas del pelaje; y otros, entre los cuales me cuento, opinan que el pelaje de verano pierde simplemente su color cuando se aproxima el invierno ó mas bien los grandes frios, conforme podemos observarlo en la zorra azul y en la liebre de las nieves. Sobre el cambio de color en la primavera tenemos las excelentes observaciones del naturalista sueco Grill, cuyas descripciones amenas se darán mas adelante. Hé aquí lo que dice: «El 4 de marzo observé algunos pelos oscuros entre los ojos; el 10 se veía en el mismo sitio una mancha parda mezclada de blanco en algunos puntos, que cubria casi la mitad de la frente; y al mismo tiempo aparecieron algunas manchas oscuras pequeñas alrededor de la nariz y por encima de los ojos. Cuando el animal se inclinaba, notábase que el fondo de su pelaje era oscuro en toda la largura del lomo, debajo de los hombros y en la parte superior de la cabeza. El 11 se habia oscurecido todo aquel y las espaldillas, y el 15 presentaban las piernas y una parte de la cola un color pardo. El 18 era de un gris pardo la parte posterior de la cabeza, entre las orejas, la posterior del cuello hasta el ancho de 0<sup>m</sup>,05, y la cuarta parte de la cola, continuándose este color por las piernas hasta las patas. El pardo y el blanco estaban claramente separados, excepto en la cara, que tenia manchas. El primero de estos colores, mas oscuro al principio, palidecia hácia el extremo posterior del cuerpo, apareciendo amarillento en los costados y el nacimiento de la cola. Esta tenia ahora tres colores: el primer cuarto era pardo amarillento; el otro blanco, con manchas amarillas de azufre, y la mitad negra; en el vientre era aquel matiz mas pronunciado. El cambio de color se verificaba rápidamente: al principio podian se-

guirse las variaciones de día en día, y hasta de doce en doce horas. El 3 de abril presentaban todavía un color blanco la garganta, el vientre, las orejas, el círculo de los ojos, la parte baja de la mitad anterior de la cola, los piés, la cara interna de las cuatro extremidades y tambien la posterior de los muslos. El 19 eran las orejas pardas excepto una pequeña parte del borde inferior. En ninguna parte era el pelo recio como cerdas, á no ser en la frente donde hay agregados muchos pelos blancos formando pequeñas manchas. Los pelos oscuros crecen á la vez, y antes de alcanzar la extension de los blancos, se caen. Puede admitirse que la muda, propiamente dicha, se verifica á principios de marzo. El 19 de este mes se ve que el color pardo se ha extendido, reemplazando poco á poco al blanco.»

Verdad es que todavía nos faltan datos sobre la blancura del pelaje de verano, recogidos de observaciones directas en comadreas vivas; pero sabemos que en ciertas circunstancias es rapidísima la aparicion del pelaje de invierno. No es raro ver á los armiños llevar su pelaje de verano hasta muy entrado el invierno; pero si se experimentan respectivamente grandes frios cambia el color en pocos días. De aquí se colige la certidumbre casi refutable de que lo mismo en el armiño que en los animales mas arriba citados se efectúa simplemente una decoloracion ó si se quiere un blanqueamiento del pelaje. El crecimiento de este requiere en todas las especies de mustélidos un tiempo considerable, efectuándose la muda en lo principal del modo indicado en la página xiv, no siendo por lo tanto lógico suponer que el armiño sea una excepcion de la regla y que obtenga en el espacio de pocos días un pelaje nuevo proporcionalmente tan espeso como el de sus congéneres, cuando estos necesitan para ello varios meses. Como hasta ahora no he hecho observaciones en armiños vivos sobre la decoloracion, no puedo asegurar nada, y soy de opinion de que solo puede dirimirse la cuestion con observaciones directas, pero sin deducir consecuencias; por lo demás, creo que mi modo de ver es exacto.

**DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.**—El armiño se halla diseminado en todo el norte del antiguo continente. Se le encuentra en toda Europa, desde los Pirineos y los Balkanes al norte; en el Asia septentrional y central hasta las playas orientales de la Siberia; y tambien existe en Persia y en el Asia menor. Preténdese asimismo haberle visto en el Himalaya. Es comun en los países donde se presenta, y en Alemania es uno de los carnívoros mas frecuentes.

**USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.**—Lo mismo que la comadreja, el armiño encuentra en todas las localidades un asilo conveniente. Un simple agujero, una topera, una grieta de una roca ó de un muro, un monton de piedras, el tronco de un árbol hueco ó la ruina abandonada, y cien otros escondrijos análogos, son para este animal otros tantos refugios durante el día que pasa casi todo durmiendo en el retiro que ha elegido definitivamente, aunque sale algunas veces y se deja ver del hombre; pero hasta la hora del crepúsculo no comienza verdaderamente para él la de la caza. Hácia la caída de la tarde es mayor su actividad y no se tarda mucho en verle, pudiendo entonces observar fácilmente todos sus movimientos el que se halle bien oculto. Impaciente, curioso y hambriento, comienza á buscar de comer en las inmediaciones de su madriguera, poniendo en juego toda su agilidad, su gracia y su soltura. Tan pronto se desliza cual una anguila entre las piedras y los vástagos del monte, como se detiene inmóvil, con el lomo fuertemente arqueado, muchísimo mas de lo que lo arquean los gatos, ante un agujero de raton, una topera, ó una grieta, que examina rápidamente. Aunque permanezca en un mismo sitio, jamás está del todo quieto; sus ojos, sus orejas y su nariz se hallan

siempre en movimiento, y su pequeña cabeza se vuelve en todas direcciones con la velocidad del rayo. Ya se comprenderá que el armiño sobresale en todos los ejercicios corporales; corre y salta con la mayor agilidad y nada como una nutria, atravesando las corrientes de agua y hasta los brazos de mar.

«Un campesino, dice Thompson, que franqueaba en un bote el brazo de mar que separa una parte de Islandmagee del continente, y cuya anchura es de una milla inglesa, divisó un animalillo que nadaba con facilidad; acercóse y vió que era una comadreja, la cual queria sin duda visitar la isla y habia recorrido ya la cuarta parte de dicha distancia.»

Las facultades intelectuales de este animal están en relacion con sus caractéres físicos. Tiene el valor de la comadreja, una sed insaciable de sangre y un instinto de matanza sin ejemplo; ningun enemigo le arredra, y acomete al hombre mismo con un valor temerario. Nadie creeria que pueda



Fig. 281.—EL ARMIÑO CON SU PELAJE DE VERANO

Este hombre aseguraba despues á sus amigos con toda seriedad, que el primer animal que le atacó habia pronunciado, irritado por la primera pedrada, la palabra «asesino». Podemos perdonar al hombre semejante exageracion, ya que el gruñido del armiño furioso se parece decididamente á una doble r. (La palabra alemana que corresponde á asesino es *moerder*.)

En cuanto á la veracidad del hombre respecto del ataque no puede dudarse de ella, segun lo prueba esta otra relacion del médico-cirujano del partido judicial de Hengstenberg, que me escribió con fecha 8 de agosto de 1869 lo que sigue: «Me tomo la libertad de comunicarle un hecho que supongo podrá interesarle. Antes de ayer, poco antes de anoecer, un niño de edad de cinco años, hijo del inspector de estacion Braun, en Bochum, jugaba á orillas de un foso, cuando de pronto se deslizó y cayó, sumergiéndose en el agua una de sus manos; en el mismo instante un armiño se precipita hácia ella y la muerde dos veces. El niño, arrojando mucha sangre por la herida, corre á su casa, donde una hermana de la caridad que casualmente se hallaba allí le hizo la primera cura. Me llamaron, y al examinar la herida, vi la arteria radial desgarrada y lanzando la sangre en forma de arco. La herida tenia enteramente la figura semicircular de la dentadura del animal; algo mas arriba, hácia el ténar del dedo pulgar, habia una herida en la epidermis debida á una cortadura verdadera. Yo supongo que el animal debia tener su cria en el punto donde cayó el niño, y que creyéndola amenazada habia acudido para defenderla, por lo cual infirió al niño la herida.»

No solo caza este animal los mamíferos y pájaros inferiores á él en fuerza, sino que acomete á menudo tambien á

ser para este un adversario de importancia, pero no sucede así, segun se verá por el hecho siguiente, referido por Wood: «Un hombre que se paseaba por los alrededores de Ericklade vió dos armiños echados en el sitio por donde él iba á pasar; tiróles una piedra que hizo rodar á uno de ellos, pero el otro, lanzando un grito agudo particular, se precipitó contra el agresor, y trepando por sus piernas, trató de morderle en el cuello. El grito de guerra del animal fué oído y repetido por otros armiños, los cuales acudieron en socorro de su compañero; y aunque el hombre hizo lo posible por alejarlos á pedradas, bien pronto no tuvo tiempo sino para quitarse aquellos animales del cuello. Los armiños le acosaban encarnizadamente, y solo debió á su gruesa ropa y á una espesa corbata el no quedar herido seriamente; pero sus manos y su cara estaban cubiertas de mordiscos, y conservó de esta lucha tal recuerdo, que se guardó muy bien en adelante de hacer daño á ningun armiño.»

otros seres mayores que él. Son presa suya los ratones, topes, hamsters, conejos, gorriones, palomas, gallinas y las golondrinas pequeñas que puede coger en su nido; devora todas las culebras y lagartos que encuentra, y ni aun las liebres se hallan al abrigo de sus ataques. Lenz ha visto cinco armiños reunirse en una cerca y encima de una liebre enferma y matarla, aunque añade, que si estas están sanas y son adultas no tienen nada que temer de sus adversarios. Los naturalistas ingleses no opinan lo mismo: Hope oyó una vez el grito de angustia de una liebre, y habiéndole llamado la atencion, dirigióse hácia el sitio de donde partia y vió que aquel animal cojeando, trataba de librarse de otro que se habia cogido á su pecho como una sanguijuela. La lucha era con un armiño: al acercarse Hope la liebre emprendió la fuga y desapareció en el bosque arrastrando á su enemigo; es probable que ya no fué mas lejos.

Tambien se ha querido negar este hecho, pero es indudable.

Gessner habla de ataques de armiños contra las liebres. «Dicen que las persigue con mucha maña, porque juega y retoza un rato con ellas, y cuando las ve cansadas y confiadas les salta al cuello, queda colgado y ahoga al animal aunque sea mientras corre.» Tambien se han hecho recientemente observaciones por naturalistas cuyo nombre excluye toda duda. «Se sabe, dice Carlos Muller, que el armiño es enemigo peligroso de la liebre, y que hace á menudo abundante botin en estos habitantes de los campos especialmente en verano, cuando los sembrados lozanos y la alta yerba favorecen las emboscadas del carnívoro en bien escogidos sitios. Mas de una vez ha llegado á mis oídos en mis paseos vespertinos el grito de angustia de la victima indefensa, que llevaba pen-



diente de la nuca á su sanguinario enemigo; y una vez tuve hasta la fortuna de apoderarme de la liebre moribunda juntamente con el armiño, ebrio ya de su sangre; á pesar de esto se me resistía creer que un solo armiño fuese capaz de sorprender y matar media docena de liebres en el espacio de pocas semanas, hasta que á fines del verano de 1865 tuve ocasion de convencerme de ello. Varios trabajadores que estaban en la carretera de Alfeld habian oido repetidas veces á la caída de la tarde los gemidos de una liebre, sin que les ocurriera registrar el campo de avena de donde partian, hasta que finalmente un práctico, aficionado á cazar, determinó ir á descubrir la causa. Cuando en la tercera noche volvió á oír los gemidos de una liebre, corrió en direccion al sitio de donde procedian, y vió al acercarse que los tallos de avena se iban moviendo en círculos cada vez mas estrechos; de repente todo quedó quieto, y despues de buscar algunos minutos mas, encontró la liebre en el suelo agonizando. Cuando iba á levantarla vió asomar debajo de ella la colita de un armiño; verlo y poner el pié encima de la liebre para aplastar al animal de rapiña fué todo uno. El robusto aldeano siguió cargando con todo el peso de su cuerpo sobre el cuello de la liebre hasta que vió que la colita tampoco daba ya señales de vida; pero hé aquí que no bien afloja el pié, salta el armiño medio atontado, saliendo por debajo del cadáver de la liebre y se pone frente á frente del aldeano enseñándole los dientes; este, sin embargo, con buen acierto le asesta un golpe en la cabeza con el mango del azadon y venga así á la infeliz víctima. Del examen de la pequeña herida resultó que el armiño habia mordido á la liebre en el cuello. Fuí al sitio y pude imaginarme la escena al observar las huellas sangrientas, siendo mi presencia causa de que los trabajadores encontraran otras cinco liebres mas, muertas y mordidas principalmente en la cabeza y en el cuello, unas en el campo de avena y las otras en una zanja que habia allí cerca. Excepto una sola, todas eran animales casi adultos y bastante frescos. Como aquella gente continuó dos semanas mas ocupada allí en machacar piedra, y no oyese ya nada que indicase un nuevo ataque contra la liebre, inferí que el armiño muerto habia sido el autor de todas aquellas fechorías.

Bueno será observar aquí que un suceso como este, no deja de ser excepcional, y en todos estos casos el héroe es siempre un solo armiño que se propasa de esta manera despues de haber conocido cuán fácil le es matar hasta un animal para él proporcionalmente muy grande. «Es cosa singular dice Bell, que cuando la liebre es perseguida por el armiño no se utilice de sus cualidades naturales, pues le bastarian algunos saltos para escaparse, como se libra de los cazadores y de los perros; diríase que desprecia á tan pequeño adversario; condúcese como si no existiesen armiños, pero esta indiferencia le cuesta la vida.»

Es muy curioso ver al armiño ocupado en la caza de sus presas favoritas, como por ejemplo, de un arvícola anfibio. Persigue al roedor por la tierra y por el agua, y se hace al fin dueño de él. Comienza por olfatear todos los agujeros, y si observa que uno de ellos está habitado, se introduce en él. El arvícola emprende la fuga y se echa al agua, lo cual no le basta para salvarse, pues su enemigo le sigue nadando como un perro, y con toda la agilidad de la nutria, de modo que está perdido si no le favorece alguna casualidad. El arvícola trata de saltar y ocultarse, sin que nada le sirva, porque le va á los alcances su adversario, cuyos dientes son mas fuertes que los incisivos del roedor. Algunas veces se empeña la lucha en el agua, y el armiño vuelve á la orilla llevando en su boca la presa. Wood refiere que algunos de estos animales destruyeron en pocos dias toda una colonia de ratas.

«Lo extraño es, observa Bell que es quien comunica el caso, que la liebre no se valga de sus dotes naturales cuando se ve perseguida por un armiño, ya que con unos pocos saltos puede ponerse fuera del alcance de toda clase de ataques, del mismo modo que se escapa de la persecucion del perro ó de la zorra; no parece sino que ni siquiera quiere hacer caso de tan pequeño animal y brincando sin malicia se recrea como si en el mundo no existiesen armiños, si bien se ve que esta indiferencia es á veces causa de su perdicion.»

Lo encantador es ver al armiño en una de sus cacerías favoritas, ó sea cuando persigue á una rata de agua. Este roedor no está en ninguna parte seguro de la persecucion del armiño, ni en la tierra ni en el agua; y por poco favorable que parezca este elemento para el armiño, siempre se apodera al fin de su víctima. El carnicero empieza por examinar todos los agujeros y su fino olfato le indica si en uno ú otro hay una ó dos ratas entregadas al descanso. Apenas ha rastreado el botin, introdúcese sin titubear en el agujero; la rata se escapa y arroja espantada al agua, buscando acaso un refugio entre las espadañas, pero esto no la salva de su perseguidor incansable y terrible enemigo, que con la cabeza y la nuca á flor de agua, á la manera de los perros, atraviesa con la agilidad de la nutria un elemento en rigor para él extraño. Con tenaz perseverancia, sin arredrarse por nada, persigue á la rata fugitiva, que ya se puede dar por perdida, pues no le vale ni preparar ni esconderse; el armiño la sigue sin cesar, y sus dientes caninos son mas fatales que los incisivos robustos y afilados del roedor. Si no hay remedio empénase la lucha definitiva en el agua; y poco despues, llevando la víctima en la boca, el ágil armiño sale á tierra para devorarla allí con toda calma. Wood dice que unos cuantos armiños exterminaron en muy pocos dias una numerosa colonia de ratas de agua.

Los armiños se aparean en nuestro país en marzo; en mayo ó junio pare la hembra de cinco á ocho pequeños, los cuales deposita sobre una blanda cama, que forma en alguna topera ú otro retiro seguro. Ama á sus hijuelos tiernamente, los cria con mucho cuidado, y juega con ellos hasta el otoño; solo en el invierno, cuando los pequeños armiños llegan á ser adultos, es cuando abandonan á su madre. En caso de peligro traslada esta su progenie, llevándosela en la boca, y atraviesa á veces rios para ponerla en sitio seguro. Cuando los hijuelos son mayores, los lleva consigo para enseñarles á cazar y todas las mañas de su oficio, y al poco tiempo igualan á su madre en valor, astucia, agilidad é instinto sanguinario.

**CAZA.**—Se cogen los armiños con trampas de diversas clases, y á menudo con una especie de ratoneras, en las que se mete por casualidad, y despues cuando alguien se acerca dejan oír como un chirrido, y si se les irrita se abalanzan hácia la persona dando un chillido agudo; pero por lo demás se conoce su angustia solo por sus bufidos.

**CAUTIVIDAD.**—El armiño cogido ya grande no suele tampoco vivir largo tiempo en cautividad, porque, irritable al igual del veso, no quiere acostumbrarse ni á la jaula, ni á la persona que le cuida, y, ó rehusa el alimento; ó se sobrecita tanto que tambien muere. Yo he cogido muchos armiños y los he cuidado con toda solicitud, pero nunca he podido salvar ni uno solo.

Los armiños pequeños se domestican muy bien y divierten mucho; se han tenido individuos que entraban y salian á su antojo, y seguian á su amo como un perro; pero tambien ha habido caso de que, cogidos viejos, hayan sido una excepción.

«Hácia la Navidad de 1843, refiere Grill, recibí un macho que fué cogido entre unos haces de leña y tenia su pelaje de invierno. Sus ojos negros y redondos, su nariz pardo roja y

la punta negra de la cola, formaban un vivo contraste con el pelaje blanco como la nieve, con solo un ligerísimo, pero hermoso matiz amarillo de azufre en la raiz, y en la mitad interior de la cola. El animal era tan gracioso como ligero y de elegantes formas. Yo le puse en una gran habitacion desocupada, donde se difundió bien pronto el desagradable olor comun á todos los mustélidos: su habilidad para trepar, saltar y ocultarse, era notable por demás; subíase por las cortinas, y si le asustaban se dejaba caer al suelo, lanzando un grito de espanto.

»El segundo dia se introdujo por el cañon de una estufa, donde permaneció oculto durante algunas horas, saliendo despues todo cubierto de hollin. A menudo le buscaba horas enteras, y encontrábale por último donde menos creia yo; deslizábase detrás de un armario, colocado contra la pared, y se dormía sin apoyarse en nada. En aquel cuarto habia un reloj de péndola que estaba bastante alto: cierto dia al entrar, vi con admiracion que andaba, y examinándolo mas de cerca, hallé á mi armiño detrás del cuadrante; habia saltado desde el suelo y la sacudida puso en movimiento el péndulo. Como en la habitacion no habia fuego, el animal se hizo su cama en un lecho de madera, eligiendo un sitio conveniente, del cual salia presuroso apenas entraba alguien. Ocultábase allí, pues lo conservó por su escondrijo favorito, cuando se dirigian rápidamente hácia él; pero si le hablaban amistosamente sin moverse, deteníase ó avanzaba con curiosidad, alargando el cuello y alzando una pata delantera. Harto se sabe que el armiño es muy curioso, como que entre la gente del campo corre el dicho: «El vesito se alegra cuando le alaban.» Si llama su atencion algun objeto que no puede ver, á causa de su corta estatura, enderézase sobre sus patas posteriores y alza la cabeza. Cuando se echa levanta á veces el cuello, inclina la cabeza y encorva un poco el lomo; y al correr aproxima de tal modo el cuerpo al suelo, que apenas se ven sus piernas. Siempre que se acerca alguno á este animal antes de que haya huido, lanza un grito semejante al de la marica, y mas á menudo silba como una serpiente.

»Al tercer dia puse á mi armiño en una gran jaula: viendo que no podia salir y creyéndose seguro, no se acercó ya nadie sin que el animal saltase por el enrejado, dando dentelladas y repitiendo su grito, prolongándolo en un trino, que parecia el cacareo de la marica. No tenia allí tampoco miedo del perro, y ambos se ladraban uno al otro, arrimados á cada lado de la reja; si le alargaban el dedo de un guante, mordiale y le atraía hácia sí, y cuando estaba encolorizado, para lo cual bastaba obligarle á levantarse, erizaba todos los pelos de su cola.

»Por lo general era muy maligno: la música le ponía furioso; cuando tocaban la guitarra delante de su jaula, subíase por el enrejado y ladraba y silbaba como loco mientras se oia el instrumento. Nunca despedazaba su presa con las uñas, sino á dentelladas; en los primeros dias extendióse por todas partes un olor muy desagradable, pero despues sucedia esto raras veces y pude tener la jaula en mi gabinete de estudio.

»Cuando el armiño queria descansar daba primeramente varias vueltas, y para dormir se enroscaba, poniendo el hocico cerca del nacimiento de la cola y rodeando su cuerpo con esta, por manera que todo el cuerpo formaba casi dos círculos. Era muy sensible al frio: si la temperatura de la habitacion bajaba, permanecía en el nido que él mismo hizo con musgo y plumas con dos salidas; y si se le obligaba á salir de allí, tiritaban todos sus miembros. En los dias calurosos sentábase en su jaula: con frecuencia se limpiaba todo el cuerpo hasta el extremo de la cola, pero si despues de comer le quedaban dos ó tres plumas pegadas al hocico, no se resentía de ello su pasion por la limpieza.

»Cuando se ponía una luz cerca de la jaula, cerraba los ojos, como si le ofendiese su resplandor; y en una media oscuridad despedían aquellos un brillo verdoso, límpido y hermoso. Mordía los dobles alambres de acero, bastante gruesos, que cerraban su prision, separábalos y se escapaba algunas veces.

»En los primeros dias dió una prueba de su prudencia natural, pues abandonó su rincon favorito apenas comprendió que se quería atraerle desde él hácia la jaula. Muy pronto fué necesario ponerle en otra de hierro, cuyas varillas quiso tambien morder para escaparse, mas nunca intentó roer ni el piso ni el techo de madera. Tenia elegido un sitio especial para hacer sus necesidades, y gracias á esto se podía conservar siempre muy limpia su jaula.

»Los dos primeros dias se comió el armiño las cabezas y patas de dos ortegas y bebió con avidez leche, que con los pajarillos constituía su alimento favorito. Apenas le bastaron para un dia dos verderones; comenzó por arrancarles la cabeza, dejando solo las plumas; y en cuanto á los pájaros del tamaño de las maricas, devorábalos enteros excepto la cabeza y las patas. Aunque muy hambriento, dejó pasar varios dias sin tocar unos huevos de gallina que le di, mas habiendo agujereado uno, absorbió el contenido. No le gustaba la carne de los animales de cuernos: hacia ruido al comer y beber, como los perritos y los cochinitos; cuando cogía su presa ó bostezaba, su mandíbula inferior, muy movable, se ponía muy vertical, como se observa en las serpientes, lo que ha sido uno de los motivos para encontrar analogías entre él y las culebras; y para comer cerraba los ojos, frunciendo la nariz y los labios hasta que toda la cara formaba como una placa. Al menor ruido dejaba de tomar su alimento, y miraba atentamente si creia que le observaban. No acometía nunca á un pájaro vivo hasta que todo estaba tranquilo á su alrededor y veía al animal inmóvil de miedo; entonces le examinaba de cerca, y al menor movimiento precipitábase sobre él y le mataba, triturándole el cráneo, aunque rara vez á la primera embestida. Antes de rematarle, complaciase en dejarle agonizar algun tiempo. El armiño se mostró igualmente cruel con una gran rata viva que le eché: los dos animales corrieron largo tiempo por la jaula sin acometerse, pues parecian tener miedo uno de otro; el roedor, muy vigoroso, mordió un palo que se cruzó á través de la jaula y se bebió luego la leche del armiño, mientras que este permanecía tranquilo al otro extremo de la jaula, cuyo largo era de un metro y medio. Hubiérase dicho que la rata se constituía en propietaria, y que su enemigo no era mas que un intruso. Cuando hubo tomado su alimento, el roedor trató de alejarse lo mas posible del armiño, mas yo le obligué á que se acercara y siempre era el primero en atacar, y si la talla y magnitud hubiesen sido los únicos factores en la contienda, habria creído, como los demás, muy incierto el resultado; pero en sus golpes mas rápidos y certeros reconocíase la superioridad. Retirábase como una serpiente despues de cada ataque, y esto con tal ligereza, que no quedaba tiempo para distinguir sus fauces abiertas. Era un duelo á muerte. La rata rechinaba los dientes y chillaba sin cesar; el armiño gritaba cuando se defendía. Ambos animales daban brincos uno al rededor del otro llegando hasta el techo, que tenia casi una vara de altura. Despues de haberlos excitado largo rato al uno contra el otro y cuando á la rata iba faltándole el brio, empezó el armiño por su parte á atacar, siempre de frente y dirigiendo sus golpes á la cabeza; ninguno de los dos combatientes trataba de deslizarse detrás del otro. En el último choque cayó el armiño sobre el lomo de la rata, y estrechóla el cuerpo entre sus patas delanteras, y como esta ya no podía defenderse, continuaban los dos echados de lado; enton-